

Jugar a matar

Acerca de los efectos de la violencia familiar y social en el proceso de reorganización adolescente y en la práctica clínica

STELLA YARDINO*

"El psicoanalista es, forzosamente, como el yo mismo, una criatura de frontera".¹

RONALD BRITTON

Introducción

Esta reflexión apunta a considerar la incidencia de la violencia familiar y social en el proceso de subjetivación y su despliegue en el campo analítico, en el momento de reorganización pulsional de la pubertad, desde una perspectiva teórico-clínica.

Podríamos afirmar que su impacto es mayor en nuestro mundo actual, o tal vez, es distinto? Desde una perspectiva técnica, me pregunto si este impacto, que pone en permanente cuestión los pilares clásicos de nuestro método, tales como la neutralidad y la abstinencia, implicará actualmente un mayor riesgo de desdibujar el posicionamiento analítico favoreciendo el deslizamiento hacia intervenciones de otro orden.

Creo que nos encontramos, tal vez, más expuestos a realizar intervenciones en lugar de promover el despliegue de los conflictos intrapsíquicos; pueden, en cambio, obturarlo por la necesidad de atender lo que desde la realidad familiar y social nos interpela.

Se complejiza entonces el diferenciar conceptos tales como *acting*, *acting out*, *puesta en acto* o *enactment*, que remiten a fenómenos de muy diverso orden sin encontrarse, a veces, suficientemente discriminados.

No obstante, ni el psicoanálisis como disciplina ni los psicoanalistas como sujetos, inmersos en y determinados por los fenómenos sociales y culturales de cada época, podemos desmentir la incidencia de una realidad que nos involucra de modo

*Stella Yardino
Psicoanalista titular en
función didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
del Uruguay.

stellayardino@gmail.com

¹ Freud, citado en Britton (1995), *Revista de Psicoanálisis* de APA.

similar a como se muestran afectados nuestros pacientes. Dado que tampoco, en mi visión, resultaría deseable que esta afectación hiciera peligrar la especificidad de nuestro trabajo con el inconsciente, nos encontramos en una situación dilemática, que nos obliga a transitar —como “criaturas de frontera”— un borde siempre impreciso y provisorio intentando sostener el necesario equilibrio entre el trabajo con los fantasmas del mundo interno y los problemas de la realidad externa.

Acerca del Yo ideal, el ideal del Yo y el Superyó

Sabemos que el adolescente, en su tránsito normal hacia la adultez que impone la construcción de una nueva identidad, deberá atravesar un proceso de desidentificación de sus objetos y valores de infancia, así como del modelo intrafamiliar para poder, luego, identificarse con los nuevos objetos.

Si bien se trata de una peripecia crucial para salir de la endogamia, no deja de ser dolorosa y de provocar, en general, vivencias intensamente ambivalentes en las cuales el amor y el odio, la rabia y la culpa, el duelo por lo perdido y la atracción por lo novedoso suelen intrincarse.

Desde una perspectiva metapsicológica, conocemos la importancia de la reorganización del psiquismo y de las dinámicas, así como complejas relaciones entre sus diferentes instancias: el Ello, el Yo (y el Yo Ideal), el Superyó (y el Ideal del Yo).

Al decir de Klein, durante el período de latencia *“el yo y el superyó están persiguiendo un fin común: lograr una adaptación al ambiente adoptando ideales del yo pertenecientes a este ambiente”*².

En la pubertad, la invasión de estímulos pulsionales sobre un Yo aún insuficientemente cohesivo como para manejarlos, fractura esta armonía entre el Yo, los ideales del Yo y el ambiente.

El Superyó, a su vez, no ha introyectado aún, en forma estable, los nuevos modelos identificatorios adultos, capaces de proporcionar un sostén yoico satisfactorio.

Al tratarse de una instancia inacabada que está siendo (re)moldeada dificultosamente en medio del embate pulsional que enfrenta, el púber no dispone aún de un Superyó suficientemente investido ni en los aspectos normativos ni en los ideales.

En mi visión, el sadismo temprano se encuentra todavía muy presente como marca del Superyó arcaico. En consecuencia, la interacción entre el Yo y el Superyó sufre importantes alteraciones. Además, la búsqueda de una identidad adulta —sexual, social y cognitiva— desorganiza el equilibrio entre estas instancias, generando una significativa área de conflictos.

Destacaría aquí, siguiendo ideas de Hanly³, que si bien Freud en ocasiones utiliza indistintamente las denominaciones “Yo Ideal” e “Ideal del Yo”⁴, es importante mantener una diferenciación conceptual entre ambos.

Pese a que se trata de formaciones de carácter narcisista, han de diferenciarse en que mientras el Yo Ideal se sustenta en la omnipotencia y en el desconocimiento del Otro, vinculado a la identificación primaria —básicamente la unión omnipotente del narcisismo materno con el del infante—, el Ideal del Yo remite al terreno de las identificaciones secundarias a través de un proceso

² Klein, Melanie. *El psicoanálisis de niños*.

³ Hanly, Charles T. (1983). *Ideal del Yo y Yo Ideal*.

⁴ Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*.

más evolucionado que parte del reconocimiento del objeto como distinto del Yo.

La hipótesis que propongo para la reflexión es que en aquellos casos en los cuales el poder de la violencia —ya sea ruidosa o silenciosa— resulta habilitada y habilitante por la familia y la sociedad, puede darse lugar a la persistencia dominante del Yo Ideal que incide en una organización deficitaria de los aspectos normativos del Superyó.

Considero factible pensar en un empuje (reactivación y preeminencia temporal) de las pulsiones parciales a la vez que una nueva escenificación de aspectos de la indiscriminación Yo-Otro.

El sujeto quedaría, entonces, en una detención parcial de la evolución psíquica, en especial afección de su narcisismo, capturado en el odio narcisista inicial del que ya hablara Freud.

Se produciría, en consecuencia, el anclaje en un Yo Ideal letal, anclado a trazas de un fantasma enemigo del semejante.

Esta nueva presentación de la polaridad amor-odio de los primeros tiempos se superpondría a la reactivación edípica, intensificando así la violencia hacia el enemigo (en la línea del Edipo positivo, el progenitor del mismo género).

En el aspecto económico, la energía necesaria para la preservación de ese Yo Ideal, así como la satisfacción redundante de su mantenimiento —la vivencia de omnipotencia— serían obstáculos importantes para la transformación de esa organización en ideales del Yo conceptuados como “genéricamente aceptables”.

De la clínica

Martín es un paciente púber, de 12 años, que —en el momento que elegí mostrar— llevaba un año y medio de proceso analítico.

El motivo que trajo a los padres a la consulta fue la preocupación por los severos cuadros orgánicos que M. había presentado, y ciertos miedos: el más intenso estaba relacionado con las separaciones y con su escasa capacidad para estar a solas.

El padre, un empresario exitoso de temperamento avasallante, manifiesta también su preocupación por verlo “quieto, pasivo, achicado”. “Le cuesta defenderse... los compañeros le dicen ‘gorda’ y él no hace nada. Yo a la edad de él me agarraba a piñas por cualquier cosa... él no se anima... Lo veo débil, y esos miedos... no los entiendo... siento rechazo”.

La madre, aunque muy angustiada, especialmente por la patología orgánica de Martín, dice poco, pero manifiesta una actitud abiertamente sobreprotectora hacia su hijo, admitiendo su “apego” a él y sus dificultades para dejarlo crecer. Impresiona como una persona tímida y sometida que, pese a ser profesional, no ha logrado hacer su camino independientemente de la función materna.

El trabajo analítico fue revelando en Martín una conflictiva centrada en la imposibilidad de manejo de sus aspectos agresivos, que resultaban en general negados, proyectados o fuertemente reprimidos, y que retornaban luego disfrazados de dramático temor al daño físico.

La sintomatología orgánica se fue atenuando con rapidez hasta desaparecer; entretanto, Martín desplegaba un intenso sadismo, especialmente en el contexto de algunas sesiones, en las cuales solía traer animalitos (insectos, pequeños roedores) anestesiados con cloroformo para “descuartizarlos” con evidente placer.

Mis intentos de interpretar estos actos de crueldad que no promovían en él ningún sentimiento manifiesto de culpa, fueron, en general, desestimados con el argumento de que “era un juego”.

En la misma línea, pero en un plano ideacional, ha dedicado largas horas a elaborar detallados planes para torturar y matar a algunos compañeros a los que dice odiar porque son sus enemigos en el terreno futbolístico.

Elegí una sesión en la que considero que se manifiesta la lucha “mortal” que se está librando en el psiquismo de M., y que puede ser objeto de múltiples lecturas.

La que yo privilegié en ese momento giró en torno al eje del crecimiento sentido como riesgo vital, como angustia de muerte propia —en tanto se trataría de permitir morir al “niño maravilloso”—, pero también de los objetos originarios que hay que desinvertir, abandonar —dejar “olvidados en un estante”, como expresara Winnicott⁵ en relación al objeto transicional— para avanzar. Pienso que, tal vez con igual intensidad y como consecuencia de la actualización del drama edípico, la fantasía del parricidio atraviesa también el escenario del análisis.

Pero en especial y en relación con el sesgo singular de la violencia intrafamiliar y del contexto social, donde “matar—morir” parecen ser alternativas siempre válidas y disponibles⁶, me interrogué si la interpretación no debería haber enfatizado el deseo de muerte, el “hacer activamente lo experimentado pasivamente”⁷ —siguiendo ideas de Freud y también de Bollas— como posible muestra del inicio de una organización perversa del Superyó.

Lo cierto es que, siguiendo el hilo de mis vivencias transferenciales, me interrogué acerca del motivo de la ansiedad que promovió en mí el discurso del paciente.

⁵ Winnicott, D. *Objetos y fenómenos transicionales*.

⁶ Este punto se explicará más adelante.

⁷ Freud, S. (1920). “Más allá del principio del placer”. Bollas, C. (1991). *La sombra del objeto*.

Llega en hora, agitado; se recuesta en el diván y su profundo suspiro suena como un lamento.

Le pregunto: *¿Qué pasa?*

P: Vine corriendo, me di cuenta que Paula se había ido... me apuré, pero no la encontré.

A: *Y te asustaste...*

P: Sí... más o menos... quería llegar acá cuanto antes... acá está lindo... calentito... [*cierra los ojos y, como si se trata- ra de un sueño, relata*]. Anoche vi *Corazón valiente*... Después de una larga guerra, el padre muere... y el hijo está ahí, con él... y no quiere que muera... pero no puede evitarlo...

Me quedé pensando... en mi padre así... muriendo... y dije: “No, para nada”.

¿Viste esa cosita que yo tengo adentro a la que le hablo a veces? Siempre para pedirle algo... ahora, cuando venía... le pedía por favor que nadie me atacara... ¿No será el comienzo de lo que le pasa al loco de *Una mente brillante*? ¿Vos la viste?

A: *¿El comienzo de algo loco? [Me sorprendo; el temor era lo esperado... pero... ¿ésto?]*

P: Claro... ¿cómo hacen para saber que los esquizofrénicos no tienen la razón y los demás están equivocados? Quizás somos nosotros los que no vemos la verdad...

¿Cómo hago para saber que vos sos mi psicóloga de verdad? Mirá si todo lo que vivimos fue de mentira... ¿o no fue? ¿Dónde está la verdad? Fijate que al amigo imaginario... el que rompe el escritorio, lo tira por la ventana... ¿te acordás? A ese lo vimos todos y resultó que no era de verdad.

A: *Donde encontraremos la verdad... ¿estará en el M. niño, que se asusta, o tal vez en el que se enoja tanto que tiene ganas de romper cosas, o que imagina la muerte de papá?*

P: El otro día tuve como una visión... como un sueño, pero despierto... Viste

que el domingo jugó Peñarol, ¿no? Se armó despelote a la entrada del estadio... estuve traumatado todo el partido. Al salir, yo veía, en el medio de toda la gente, que a mi padre lo agarraban a patadas... lo veía ahí, tirado... destruido... desangrándose... Era como que yo quería hacer algo, pero no podía... un amigo me sujetaba de los brazos y yo quedaba como paralizado... mientras miraba cómo le daban un fierrazo en la cabeza... un puntazo en el pecho... y lo mataban [silencio].

A: *[Impactada por la crudeza del relato, le pregunto] ¿Quién lo mataba?*

P: Los hinchas de Nacional, ¿quién va a ser? Eso puede pasar, vos lo sabés... ya ha pasado más de una vez... y si pasa con alguno de Nacional es un placer... pero si no... *[tararea el estribillo de una canción de la "barra brava" de Peñarol: "Cómo me voy a olvidar cuando mataron una gallina... cómo me voy a olvidar, si fue el mejor momento de mi vida". Mientras canta, su expresión se va transformando hasta que nada queda del chico asustado que llegó buscando mi apoyo; ahora me trasmite, en cambio, una impresión de placer morboso. Recuerdo que esa canción alude a una muerte "real" y el "placer" de Martín comienza a inquietarme, mi vivencia contratransferencial empática, ubicada en función materna protectora del inicio, ha dado paso a una sensación ominosa que no comprendo del todo. Anoto que ahora quien se asusta soy yo. (¿Proyección?)].*

A: *Parece que el que tiene ganas de matar sos tú, a una "gallina" o tal vez a tu padre.*

P: ¿A mi viejo? ¡Ni que estuviera loco! [Se ríe]

A: *Loco como el de Una mente brillante, que tiene un lado muy violento, que él mismo no puede reconocer... ¿Quién imaginó la muerte de tu padre?*

P: Yo... eso es cierto... pero fue una imaginación nomás... ¿Vos decís que a lo mejor yo lo siento de veras y no lo sé?

Eso sería estar re-loco, ¿no? Porque tu padre es el que te cuida y te protege... ¿Por qué querría yo matarlo? ¿A vos qué te parece?

A: *Me parece que ahora sentís que lo que te cuida y te protege está adentro tuyo, sería esa cosita a la que tú le hablás y le pedís favores... por eso de repente podés pensar en matar al padre del chiquito para poder crecer...*

P: *[Hace un silencio, juega con sus manos]* El domingo de noche, cuando me iba a dormir, me sentí igual a cuando era chico y tenía que llamar a mi madre o a mi padre... asustado... Me quedé pensando... y me puse triste porque pensé: ¿para qué vivir si después te morís? Vi un niño en el parque esa tarde... tal cual yo, antes... y el padre haciendo volar un avioncito, y pensé: "Nunca más" [silencio]. ¿Cómo se llama esa enfermedad donde uno piensa que siempre hablan de uno o que siempre lo miran a uno? Mis compañeros se juntan a decir un secreto y yo ya pienso: "Que no me jodan". Cada vez que alguien me mira, me siento atacado... Es una enfermedad eso, ¿no?

Siempre pienso que me va a tocar a mí... *[Toma una hoja y hace cuentas complejas con rapidez]* ¡Pa! Si sigo así en las cuentas voy a quedar genio, como el de la película, estaría bueno eso, ¿eh?

A: *De nuevo te sentís triste y asustado porque si matás a tu padre, al que volaba el avioncito, se muere también una parte tuya. A lo mejor esa idea de que todos te miran, te atacan, hablan de ti, es también un modo de sentirte muy importante, muy "genio", pero también enfermo... Antes la enfermedad estaba en el cuerpo.*

P: Sí... pero bueno, no fue tanto... el miedo es peor, te digo... Otra cosa que me da miedo es estar dormido, sin control de nada... te pueden hacer cualquier cosa... o podés no despertarte más...

A: *Otra vez la muerte... el deseo de muerte ¿tuya?, ¿de los otros?... ¿El miedo a la muerte?*

P: Yo que sé... creo que todo junto... Igual yo estoy lleno de cábalas, pero no te las puedo contar porque se arruinan... Además, tengo la ayuda de ese fantasma mía... ¡Yo lo siento tan real! No tiene cara, no tiene nombre, aparece sólo cuando le hablo... y todo lo que le digo, pasa. Cada vez me pongo más reglas para hablarle: le hablo con la boca cerrada... sin que nadie se entere... Tengo que empezar las frases con "por favor", le pido disculpas por la saliva que gasto... Antes les pedía disculpas a mis padres, ahora se las pido a él... Es bueno... el problema es que no hay garantías... como sólo yo creo en él... Se siente re-raro... es como que hablara con alguien que no está...

A: *[Nuevamente siento inquietud... y temor... Pienso que Martín puede estar hablando de su Superyó, heredero de la pareja parental, y también que la aparición de los mecanismos obsesivos como modo de control de los impulsos es habitual en la pubertad. Asocio con el "compañero imaginario" de la infancia. Me siento confundida, me vienen a la mente ideas de Bion y me pregunto: ¿será ésta una emergencia transitoria de "la parte psicótica de la personalidad" durante el proceso de reestructuración adolescente? Le digo:] ¿No estará adentro tuyo?*

P: Puede ser... el otro día, cuando me iba de acá, pensaba: "Ahora soy sólo yo contra el mundo... no hay mamita, no hay papito ni Stella que te puedan proteger". Y bueno, es así... seguí caminando... ¿qué va a pasar? Si me matan ahora, va a pasar lo que de repente pasaría de aquí a 60 años, así que voy a andar solo por la calle...

A: *¿Andar solo por la calle sería igual a que te maten?*

P: Y... para mí, sí... pero al final de la vida, siempre va a haber muerte y si vivís pensando en la muerte... la vida se te va volando....

Considero que esta sesión da cuenta de los derroteros por los cuales transcurría predominantemente nuestro trabajo.

Pienso que la eclosión de manifestaciones de pulsiones parciales en imágenes-ensoñaciones diurnas crudas, que no disfrazan el deseo —matar al padre— se encuentra en el origen de sus miedos.

Martín, en plena pubertad, se aterriza de su "supuesto poder" —como se asustaría el niño pequeño cuando ataca a la pareja parental— y no logra discriminar por completo la fantasía de la realidad⁸.

En este caso, la fuerza de la pulsión parcial sadomasoquista en su vertiente sádica aparece generando una imagen —padre asesinado— que choca con restos de un Superyó arcaico también sádico, e impulsa la idea de la locura como castigo.

El Yo "jaqueado entre las instancias opositoras" "se entrega" y "preferiría ser loco" antes de tener que lidiar con los impulsos. En este punto se ve también la protesta narcisista: el Yo Ideal no puede renunciar tan fácilmente a la omnipotencia —como le exigen el Superyó y la realidad—, será un "loco" pero no dejará de ser un "genio" ("*his majesty the baby*").

¿Cómo influye la realidad familiar en estas implicancias? Creo que los núcleos sádicos del padre, así como su rechazo de los aspectos regresivos del hijo (cobarde, "gorda", asustadizo) tiñen de violencia la confrontación, trabando el desarrollo del proceso de desasimilación edípica en sus dos vertientes y contribuyendo a fijar los aspectos sadomasoquistas en el hijo, lo que favorecería el

⁸ Coincido con Britton en que la *creencia* "es una actividad del Yo que confiere la condición de realidad psíquica a las fantasías (...). Ya sean conscientes o inconscientes, producen *consecuencias psíquicas*" (Britton, R. *Realidad psíquica y creencia inconsciente*, 1995).

camino hacia una eventual organización perversa.

La violencia familiar-social y la materialización del fantasma

Me referiré ahora a un momento del proceso analítico que considero como un punto de quiebre por la incidencia directa de la realidad externa que invadió el espacio analítico, impulsándome hacia una intervención —puesta en acto— reveladora, en mi visión, de la dimensión de la violencia intrafamiliar habilitada y habilitante a la que aludí anteriormente.

Mientras lo espero en su hora, recibo una llamada del colegio secundario privado al que asiste en la que la secretaria me plantea que Martín no puede salir porque una barra de la institución pública ubicada en las cercanías lo amenazó “de muerte”.

Frente a mi pregunta de si habló con los padres, responde que lo intentó, pero no pudo ubicar a la madre y que el padre respondió que no pensaba ir, que Martín tenía que aprender a defenderse...

“Dice que me agarre a las piñas y que si tengo que matar, que mate, y yo no quiero... además, aunque quisiera... ¿cómo? No tengo con qué y ellos sí, me encajan un navajazo y me desangro en la vereda”, me dice Martín en el teléfono, muy angustiado y pidiendo insistentemente que vaya a buscarlo.

Sugiero que llamen a la seccional policial, pero la funcionaria me explica que ya lo hizo y le contestaron que hasta que no hubiera problemas la policía no podría intervenir.

Si bien la situación interpela fuertemente mi lugar y mi función, me impacta particularmente el discurso paterno que deja en evidencia, al menos en mi escucha, un deseo filicida ya no más encubierto. La consigna de “matar” —es uno contra muchos, él no porta armas, los otros sí— equivale al riesgo de ser muerto.

Sin embargo, la violencia, aun cuando sea extrema, parece ser legítima y necesaria para transformar al hijo —que es ahora “la gorda” rechazado— en el varón potente y agresivo que tal vez él podría aceptar.

En cuanto a la vertiente social, asisto a la concreción de un imaginario en el cual una “guerra a muerte” (yo o el otro) se realiza a través de la amenaza de supresión del extraño, del diferente.

Martín es, en este caso para sus atacantes, el chico rico (“el concheto”, en sus términos) despreciado, en tanto ellos representan para él “los planchas” marginales y peligrosos. Esta lucha es propiciada por la ausencia de una ley que neutralice el poder destructor del colectivo.

Pienso que hay aquí una evitación grupal de las obligaciones, ya que ni la institución educativa ni la policía ejercen un control social eficaz.

En el diferente, sinónimo de enemigo, se proyecta entonces lo “malo” imposible de ser tolerado por el Yo Ideal, heredero del narcisismo patológico.

Decido finalmente ir a buscarlo, a sabiendas de que estoy transgrediendo las principales reglas del encuadre: la neutralidad y, en especial, la abstinencia, que pasan a ser apenas normas teóricas ideales que no puedo preservar. Confié, sin embargo, en poder restaurar esta ruptura en el terreno de las transferencias volviendo al trabajo con los fantasmas del mundo interno y reinstalando así el ordenamiento temporariamente perdido por la imposición de la realidad externa.

Desde luego me pregunté posteriormente acerca del sentido de mi decisión.

La primera lectura de este acto sería, sin duda, la contratransferencial: ubicada en el lugar de la madre sobreprotectora, acudí al llamado del niño que sentí desvalido y en peligro.

En la misma línea, pero desde la función paterna, es posible pensar que

pretendí demostrar a Martín que no era necesario matar o morir para acceder a la adultez ni a la masculinidad. Estas “muertes” debieran ocupar en su psiquismo un lugar simbólico aún no disponible que probablemente aspiré —a través de la actuación de aspectos de mi contratransferencia— a significar.

¿Cómo pensar esta actuación contratransferencial? Como afirmaba en un trabajo anterior⁹, en mi modo personal de conceptualizar la contratransferencia, la considero —al igual que muchos autores— como un fenómeno más amplio que la sola respuesta a la transferencia del paciente. Lo central para mí es que el analista, inmerso en el proceso, se implica, se apasiona, se afecta, y creo imprescindible *trabajar* con esta afectación, esencialmente inconsciente¹⁰, como vía de acceso a lo que el paciente no sabe y el analista busca conocer. Éste apuntará a descifrarlo mediante sus asociaciones y el autoanálisis, no solamente de su persona, sino en especial de la situación analítica.

Si bien la transferencia en el analista —como en el paciente— es una constante que integra el campo, logramos acceder a ella en momentos de particular intensidad en los cuales algún signo transferencial nos anuncia la proximidad de un núcleo que, de ser abordado, posibilitará, tal vez, la interpretación apropiada y una nueva estructuración de la situación analítica.

Creo posible pensar que transitamos con M. un momento peculiar y privilegiado del proceso en el cual los aspectos inconscientes de mi transferencia jugaron un papel preponderante de guía o brújula, determinando una configuración distinta del campo analítico.

⁹ Yardino, Stella (1999). *La caída sin fin: a propósito del trabajo de contratransferencia*.

¹⁰ De Urtubey, Luisa (1994). *Sobre el trabajo de contratransferencia*.

La violencia, abordada hasta entonces a nivel intrapsíquico, irrumpió en el entramado de las transferencias determinando una actuación que se constituyó en clave de acceso a una nueva comprensión de su vertiente familiar y social.

Recuerdo que al llegar al consultorio le dije —no me atrevo a decir “le interpreté”— que parecía que lo que le provocaba tanto miedo estaba dentro de él, pero también afuera, y que deberíamos seguir pensándolo juntos. Su respuesta me conmovió: “Ahora sí que entendiste todo”, afirmó con alivio.

Lejos del riesgoso ideal de la comprensión absoluta, me pareció, en una visión *a posteriori*, que me había aproximado de otro modo a las vivencias contratransferenciales que acompañaron la sesión transcrita. El “susto”, supuestamente asociado a la posible “locura” de M., sería apenas el aspecto manifiesto del temor, a nivel más profundo, de quedar capturados —paciente y analista— en una reedición transferencial de la violencia, tal vez, otra versión del funcionamiento perverso que intuía en la familia.

En cuanto al término *actuación*, considero que se ha distanciado en el pensamiento psicoanalítico actual del fenómeno riesgoso e inadecuado que debía ser evitado a cualquier precio, ya sea que proviniera del paciente y más aún del lado del analista, ya que hacía peligrar fuertemente su posicionamiento y su función.

Sin desconocer que ese riesgo se encuentra presente, tal como lo pienso, el énfasis estaría desplazado actualmente a la importancia de otorgar al acto posibles sentidos, generando las representaciones faltantes, lo que, de ser posible, abriría la escucha a los fenómenos tanto discursivos como pre y para—verbales que no han tenido lugar en la trama simbólica.

“Jugar a matar”: la violencia transgeneracional

Esta puesta en acto tuvo el valor de una denuncia que afirmó algunas de mis hipótesis en relación con la incidencia de la violencia intrafamiliar en la estructuración psíquica de Martín. Marcó también, desde mi perspectiva, un punto de inflexión altamente significativo en el proceso analítico.

En las entrevistas posteriores, el padre sostiene la validez de su conducta —con aseveraciones tales como “algún día tiene que hacerse hombre, sea al precio que sea”— mientras que la madre me pregunta “cómo tuve el valor de ir a buscar a Martín”. ¿No temí acaso por mí misma? ¿No se me ocurrió que podrían lastimarme? “Si me hubieran ubicado, yo no me hubiera animado a ir... salvo que tuviera un arma”, expresa.

El discurso parental revela a mi escucha lo que entiendo como una identificación de Martín con la madre, quien, detrás de su rol pasivo y sometido, encubre otra vertiente de la violencia: ¿desearía ella “tener un arma” y, tal vez, también, matar?

Del lado del Edipo negativo, esta línea de identificación estaría reforzando, conjuntamente con la fijación a la pulsión parcial sadomasoquista, el riesgo de una organización perversa.

Esta hipótesis fue cobrando consistencia a propósito de un regalo que Martín recibió poco después de parte del abuelo paterno y que trae a la sesión: una chumbera. Pretendió entonces que yo le permitiera usarla “con los pájaros” en mi jardín. Frente a mi negativa —primero bajo forma de interpretaciones que señalaban, una vez más, el riesgo, la crueldad y el sadismo; y más tarde por el límite fáctico de exigirle que me la diera y no devolvérsela hasta el fin de la sesión—, el paciente expresó: “Pero no voy a matar a nadie... voy a jugar a matar

nomás... porque el abuelo me dijo que era mejor que les diera en un ala, o una pata... así igual pueden volar y me divierto por más rato... Además, él me enseñó a tirar porque *él puede*”.

La aparición en escena de la figura de este abuelo, militar retirado y activo participante de la represión durante la dictadura, permitió acceder a lo que hasta entonces se encontraba silenciado. Él era quien detentaba *el poder* que aparecía ahora claramente vinculado al sadismo y a la crueldad que M. había desplegado en la escena analítica: *el poder de la violencia* habilitada.

Si bien desde mi función analítica había insistido en el develamiento de un funcionamiento familiar que intuía perverso, el silencio —probable fruto de la desmentida— resultaba impenetrable.

En este momento, que entiendo fundante del proceso analítico, la caída de las máscaras permitió revelar el “secreto” celosamente preservado hasta entonces, habilitando un doble trabajo: con el paciente, por un lado, para lograr el necesario movimiento de desidentificación de este poder absoluto y destructivo, y, simultáneamente, con los padres, para indagar en la dimensión transgeneracional de la violencia.

Se fue perfilando así una figura paterna *violentada* por su progenitor, a la vez, víctima y victimario, que reeditaba en su núcleo familiar actual lo vivido en la familia de origen¹¹. Su historia de niño y adolescente abusado por el padre aparecía actualizada en su función paterna y el ejercicio de la violencia de género.

Esta compleja dramática de telescopaje transgeneracional fue objeto de intenso despliegue en la tentativa de transformar, en Martín, el poder tanático de la violencia familiar —entramada con los

¹¹ El abuelo es un militar retirado que participó activamente de la represión durante la dictadura.

efectos de la violencia social— en “otro” poder trófico y simbolizante, portador del sentido de “posibilidad de ser” —él mismo, discriminándose de los modelos originarios— que había resultado hasta entonces imposible de ser pensado.

Como sabemos, el proceso analítico de historización procura siempre el advenimiento de una nueva versión de la historia, escrita esta vez por su auténtico protagonista.

BIBLIOGRAFÍA

- Bollas, C.** (1991). *La sombra del objeto*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Britton, R.** (1995). “Realidad psíquica y creencia inconsciente”. En *Revista de Psicoanálisis* de APA, núm. 1, 2.
- De Urtubey, L.** (1994). “Sobre el trabajo de contratransferencia”. En *Revista de Psicoanálisis*, núm. 4, vol. 51. Buenos Aires.
- Freud, S.** (1914). “Introducción del narcisismo”. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____(1920). “Más allá del principio del placer”. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____(1923). “El Yo y el Ello”. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Green, A.** (1988). “El ideal: medida y desmedida”. En *Revista de Psicoanálisis* de APA, núm. 1, T. 45.
- Hanly, C. T.** (1983). “Ideal del Yo y Yo Ideal”. En *Revista de Psicoanálisis* de APA, núm. 1.
- Klein, M.** *El psicoanálisis de niños*. O. C. T. I. Editorial Paidós.
- Leclaire, S.** (2009). *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Rozenbaum de Schwartzman, A.** (2008). “Había una vez...”. *Historia y prehistoria en la clínica con niños y adolescentes*. Editorial Lumen: Buenos Aires.
- Winnicott, D.** “Objetos y fenómenos transicionales”. En *Realidad y Juego*. Editorial Gedisa.
- Yardino, S.** (1999). “La caída sin fin: a propósito del trabajo de contratransferencia”. En *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, núm. 1, vol. 3.